

---

## LA SUBMESETA NORTE Y SUS RELACIONES CULTURALES CON LA SUBMESETA SUR

Por Angel FUENTES DOMINGUEZ\*

Antes de desarrollar el tema objeto de esta comunicación y para enmarcarla en sus justos límites, querría hacer una llamada de atención a todos ustedes sobre lo que de por sí significan las relaciones intrameseteñas durante el dilatado espacio de la historia hispana que es la Romanización o, mejor aun y para evitar los equívocos que este término pudiera plantear, la presencia romana en el centro peninsular. Yo querría desde este mismo momento que quedara convenientemente realzada cuál es la importancia del estudio conjunto de las dos mesetas durante este periodo al que nos referimos. Y sin querer en absoluto magnificar el tema, me gustaría que compartieran conmigo la opinión de que no se puede considerar por separado el estudio arqueológico de las dos Castillas sin que esto signifique una grave mutilación a la esencia misma del estudio y a la necesaria visión de conjunto.

Por ello, si cabe aun más, debo agradecer la oportunidad que se me brinda de exponer, aun brevemente, algunas de las facetas que desde nuestro punto de vista son de las más interesantes que cabría considerar en este aspecto. Queremos con este minúsculo intento, aportar nuestro grano de arena particular a los esfuerzos que nos consta que se realizan actualmente y desde diversos puntos en orden a la consideración de las dos Castillas como ámbito cultural común y homogéneo, entiéndase esto con todas las reservas que en la actualidad hay que tener al respecto.

El estudio de las relaciones entre ambas mesetas es, como antes dijimos, especialmente importante no sólo por lo que nos pudiera deparar en el mejor conocimiento de la romanidad castellana; sino porque, además, es un tema especialmente poco tratado, con lo que abordarlo es, de paso, iniciar una nueva vía de investigación que creemos llamada a dar grandes frutos.

Por lo general los estudiosos del mundo romano en la Meseta se olvidan

\* Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid.

de su propia configuración geográfica y cultural y tienden a relacionar los hechos y problemas arqueológicos con otras zonas mucho mejor conocidas como son el Valle del Ebro, La Bética, el Levante, etc.; pero descuidando su posible extensión territorial a toda ella. A favor de esto juega el hecho de la inexistencia de lo que pudiéramos denominar una «arqueología del Centro», ya que la propia estructura administrativa de la arqueología nacional favorece esta especie de fragmentación excesiva de las investigaciones. De una parte los Museos, lógicamente constreñidos a un área muy concreta y siempre faltos de los medios y atención requeridos y, de otra parte, las universidades, a menudo empeñadas en estudios de más amplia difusión que la regional; no han sido capaces de atender esta integración sinóptica que creemos inaplazable.

A esto se une, desgraciadamente, la falta de investigación en general que sufrimos en el centro de la Península; falta ésta que si bien en los últimos tiempos se está paliando progresivamente, aún sufrimos sus consecuencias por la falta en términos absolutos de resultados, dado lo reciente de la mayoría de los trabajos.

En consecuencia, la falta de un quehacer en común, la ausencia de unas conexiones profesionales concretas entre los arqueólogos que trabajamos a un lado y al otro del Sistema Central y la escasez de estudios en general, están en la base del problema que en la actualidad tenemos planteado.

Pasando ya sin más preámbulos que esta llamada de atención a lo que constituye el nudo de nuestro trabajo, queremos plantear dos grandes problemas con los que tropieza el análisis de estas relaciones para la época romana.

El primero de ellos se refiere a la propia delimitación geográfica de las dos Castillas, en especial Castilla la Nueva.

Para aclarar este punto hay que tener en cuenta que la Península se compone esencialmente de un gran núcleo central, de suave orografía, caracterizado por las grandes llanuras y espacios intermedios y rodeado de rebordes montañosos que la separan y a la vez la unen con diversas áreas periféricas. Este núcleo o plataforma central está dividido en dos partes de diferente altura por el Sistema Central y a ambos lados y de forma más o menos simétrica a partir de este eje se disponen los valles del Duero y Tajo, las llanuras de la Mancha y de Castilla la Vieja, etc. Al sur el asunto es algo más complejo, puesto que la meseta inferior está dividida en dirección este-oeste por los Montes de Toledo, quedando al Norte el Valle del Tajo y al Sur y Este los llanos manchegos. Al Oeste la prolongación de los Montes de Toledo nos lleva a la Penillanura Extremeña y, al Este, la Alcarria y Tierras de Cuenca enlazan con el Sistema Ibérico, reborde oriental de las dos Castillas. Es decir, contamos con un espacio

geográfico cuyas especiales características favorecen impulsos y comportamientos históricos completamente confrontados. Los estímulos de unidad y división vienen dados, los primeros, por su propia configuración como zona nuclear y homogénea y los segundos por los factores geográficos de diferenciación; en especial las barreras montañosas, con sus consecuentes diversificaciones en la vegetación y clima que influyen decisivamente en la economía antigua.

El segundo problema es derivado del anterior y se refiere a la dificultad en la delimitación cultural de la Romanización en las dos Castillas.

El problema es saber qué es culturalmente considerable como Meseta tanto para la época romana como para la inmediatamente anterior. También aquí hay que hacer una especial atención a la Meseta Sur; porque presenta zonas estrechamente unidas unas al Levante, otras al Sureste murciano y otras a Andalucía, como en la Meseta Norte hay áreas que participan de estímulos culturales del Valle del Ebro o del Noroeste, especialmente gallego. Quizás sea la actual provincia de Albacete la que ejemplifica mejor estos influjos extremeños por su estratégica posición respecto al Levante y Sureste, y la que, en consecuencia, plantea mayores problemas en el sentido antes citado de delimitación de áreas culturales homogéneas.

Por todo ello es especialmente difícil analizar la Romanización en un ámbito geográfico tan amplio y en un espacio temporal tan dilatado de manera conjunta y es imposible condensarlo en un artículo de las modestas pretensiones de éste. Por ello vamos a ilustrar con dos ejemplos lo que de hecho es una entidad más diversa y compleja y vamos a fijar la vista sobre el comienzo y final de esa Romanización; advirtiendo, eso sí, que entre medias queda una gran laguna no del todo despejada por los estudios con que contamos hoy. Aparte se podrían considerar factores nada desdeñables y sí mucho más concretos como son las vías de comunicación, alma auténtica de las relaciones sea cual fuere su tipo; las pertenencias administrativas y políticas a determinados conventos jurídicos, etc.; pero vamos a obviarlas en aras de la brevedad y de la precisión.

La situación inmediatamente anterior a la conquista romana del gran escudo centropeninsular se puede contemplar desde diversos puntos de vista atendiendo a la etnología, a la diferenciación cultural, al estado socioeconómico, etc. No obstante es de ley prevenir que cualquier apreciación que se haga sobre estos puntos hoy es tremendamente insegura, dado que la gran cantidad de hallazgos que últimamente se están prodigando referentes al Hierro II, están cambiando a grandes pasos el panorama hasta ahora dado por seguro y se nos está revelando uno totalmente insospechado hace apenas unos años.

En lo referente a la etnología, sobre una población del Bronce final aún

no conocida perfectamente, pero que tuvo gran influjo del área atlántica, se superponen los pueblos de los Campos de Urnas que llevarán la influencia Indoeuropea hasta muy al sur y desde época muy antigua; en la provincia de Albacete la necrópolis de campos de urnas de Munera sirve de ejemplo a este aporte racial y cultural centroeuropeo que unifica culturalmente los pueblos de la Meseta. Tras las oleadas de los Campos de Urnas y en función precisamente de su intensidad y del resurgimiento de las tradiciones del Bronce local, se producirá un fraccionamiento que traerá como consecuencia la configuración de un auténtico mosaico racial y cultural precisamente en función del componente centroeuropeo (imposible de delimitar en cada caso) y de las raíces precélticas. Así, los pueblos de la Meseta norte donde estas pervivencias serían mayores, al igual que algún pueblo de la zona de Guadalajara (Lusones) contrastan con los de la zona oriental de la Meseta, donde las pervivencias son menores y mayores las permanencias de los rasgos culturales de Campos de Urnas; que contrastan, a su vez, con los de la parte más meridional, aculturados tempranamente por los influjos levantinos y del sur y que, en algunos casos, se pueden considerar como iberizados.

Tras la fragmentación posterior a la unificación étnica y cultural que supuso la oleada indoeuropea se comenzará una corriente que no cesará en el futuro (excepto un breve paréntesis en el siglo V, provocado por la dislocación del equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo occidental) de aportaciones muy importantes de elementos fenicios y griegos a través de áreas más adelantadas culturalmente. Pozomoro evidencia mejor que ningún otro yacimiento este influjo mediterráneo desde el siglo VI, pero no es el único, recientemente el hallazgo de Illescas (Toledo) junto con la aparición mucho más conocida de materiales íntimamente relacionados con el sur español en el Sistema Central, nos están indicando que la extensión geográfica de estos influjos que perfilan definitivamente las culturas centropeninsulares es mayor de lo que se pensaba y no sólo se trata de fenómenos aislados en zonas más propicias a los contactos comerciales.

En líneas generales y basándonos en los pueblos que nos muestran las fuentes clásicas durante la conquista, podemos considerar una primera zona de pueblos de la Meseta Norte con los vacceos como núcleo central; una segunda de pueblos de la Meseta Sur, con carpetanos y oretanos como parte principal; una tercera zona correspondiente a los pueblos del occidente de la Meseta, los lusitanos y vettones y una cuarta, y última, con el conglomerado celtibérico ocupando el reborde montañoso y zonas aledañas del Sistema Ibérico y que incluyen además a los Olcades, Titos, Belos, Arévacos, etc.

Hay que decir que las fuentes clásicas son a menudo extremadamente

oscuras a la hora de delimitar con nitidez la extensión territorial de estos pueblos, e, incluso, con el tiempo se tiende a la confusión y a la asimilación de todos los pueblos del centro, que se denominarán genéricamente celtíberos. No deja de ser interesante esta confusión; pues, a nuestro modo de ver, evidencia un hecho que pasa frecuentemente inadvertido cual es la unificación cultural real de estos pueblos, por encima de sus diferencias étnicas, si es que no se puede hablar de política. Se trata, pues, de que por simple desarrollo cultural los pueblos de la Meseta tienden a confundirse cuando no a integrarse como se verá precisamente en su actuación frente a los romanos conquistadores que hablan muy a menudo de confederaciones y coaliciones.

Pero quizás sea la vertiente socioeconómica de los pueblos meseteños, el punto donde se manifieste mejor la uniformidad de los mismos por encima de consideraciones culturales, étnicas y demás.

Lógicamente la actividad económica está fuertemente inducida por las características físicas del medio. En el caso de la Meseta este hecho es, si cabe, mucho más determinante que en los restantes de la Península.

La zona que consideramos es, por su pluviometría y su régimen de temperaturas, realmente poco apta para cualquier otro cultivo que no sea el cereal; tampoco cuenta con especiales recursos mineros que, cuando los hay, se circunscriben a escasas y muy determinadas zonas; aunque Marcial, ilustre celtíbero, nos hable de la riqueza en oro del Tajo «*Auriferus Tagus*» dice siempre que a él se refiere) y de la reciedumbre de la forja de espadas. La Meseta sí que está excepcionalmente dotada para la ganadería, base de su economía desde la Prehistoria hasta nuestros días. Allí donde la agricultura era más propicia, la dualidad agrícola-ganadera constituía la base y sustento de la población. Pero sobre todo los quehaceres ganaderos descuellan sobre los demás. Con un clima algo más húmedo que el actual, que garantizaba pastos gran parte del año, con una superficie casi enteramente cubierta de bosques, proliferan los rebaños de oveja, cabra y bóvidos. La artesanía textil derivada de este pastoreo debió ser muy importante a juzgar por las citas de los geógrafos e historiadores grecolatinos que alaban la calidad del «sagus» celtíbero y a menudo a las ciudades sometidas se les obliga a pagar su tributo en prendas de lana de este tipo para equipar al ejército romano, por ejemplo en ocasión de las guerras numantinas. Los verracos de la zona oeste hablan de su carácter pastoril. El caballo también debió de formar parte de esta brega y es conocida la habilidad de los celtíberos como jinetes en la guerra, y afamados los caballos lusitanos por su rapidez, que los romanos atribuían al hecho de que un viento, el Favonio, preñaba a las yeguas cuando estaban expuestas a él.

A pesar de todo esto, la agricultura jugaba un papel de cierta importancia, tanto mayor cuando lo permitía la zona que se considere; como activi-

dad importante o como simple complemento económico de la ganadería. Trigo, cebada, centeno y otros cereales panificables estarían en la base de la agricultura que se complementaría con algún cultivo de tipo industrial como el cáñamo y esparto, de los que se hacen eco también los clásicos, atribuyendo a la Península gran riqueza de estas plantas. El olivo era también conocido aunque sólo se puede dar en la mitad sur de la Meseta por su mayor atemperación climática y, desde luego, no fue explotado tan intensamente como en Andalucía; en las mismas fuentes se habla de un monte sagrado de olivos en la Carpetania. Junto con la agricultura, el bosque tiene también su importancia no sólo por la caza (parte muy importante de la dieta) y hay que recordar aquí la abundancia de conejos en la zona, que se unían en bandadas representando un peligro considerable y que en una ocasión llegaron a socavar los muros de una ciudad entera; sino también por la leña y por la recolección de bellota que una vez molida y panificada constituía un alimento no precisamente excepcional.

Además de la agricultura, la ganadería y sus derivados, también la metalurgia era conocida a la perfección. Los romanos, de hecho, la estimaron mucho y atribuían su dureza al forjado y a una manipulación previa consistente en enterrar el hierro durante largo tiempo hasta que se llenaba de herrumbre que posteriormente era quitada usándose sólo el núcleo que era del mejor metal. Las armas celtíberas, la falcata y soliferrum, aparte de en los textos aparecen en no pocas excavaciones.

Las manufacturas textiles, las armas y quizás también la orfebrería del oro y la plata o el metal en bruto son la base de un comercio que cada día se hace más tangible. Los contactos comerciales con Levante, Sureste y el área andaluza son de hecho contemporáneos a las primeras oleadas centroeuropeas y se intensifican con el tiempo hasta época romana. Así el material griego penetra hasta muy el interior al igual que el barniz rojo y posteriormente toda la zona caería bajo la influencia púnica.

Respecto a su organización social, es realmente muy poco lo que las fuentes clásicas nos comunican de manera directa. Casi todo son alusiones indirectas y lo que podemos concluir al respecto es muy poco además de muy arriesgado.

El carácter ganadero de estos pueblos les imprime una particular configuración tribal que se refleja, asimismo, en sus asentamientos; ninguno de los cuales se puede considerar de carácter urbano como se podía hacer con los del sur. Bien es cierto que tenían ciudades algunas bastante populosas, pero responden mejor al carácter defensivo del oppidum que de una ciudad en sí. La ausencia de jerarquías municipales al estilo de la Bética (los Sefetas gaditanos por ejemplo) no hace sino incidir en este mismo punto; aunque sí tenían su sociedad estratificada a veces con alguna complejidad. La so-

ciudad estaba basada en la familia y articulada en clanes (de nuevo la rai-gambre ganadera), considerando como tales el conjunto de familias unidas por parentescos más o menos estrechos. Se habla también de unos consejos de notables, algo así como consejos de ancianos, de gran peso específico en las decisiones de la tribu. En este caso concreto habría que aceptar la existencia de esta clase superior con algunas reticencias derivadas del hecho de que los romanos asimilan a sus propias estructuras sociales las realidades de los pueblos que conquistan.

Las fuentes sí que hablan de reyes, reyezuelos, príncipes; más caudillos que auténticos jefes políticos en la plenitud del sentido de la palabra; de carácter carismático que atraen en torno suyo el poder del conjunto de la sociedad, férreamente conservado mediante juramentos y tratados de familia. A veces también se reflejan sucesiones y enlaces entre estas familias de poderosos que acercarían el sistema social prerromano al de una «monarquía» embrionaria.

A pesar de la disgregación que esta visión de la sociedad nos da, existían unas instancias superiores, de carácter digamos «nacional», marcadas por las afinidades étnicas, lingüísticas, geográficas, económicas, etc., que hacen depender unos pueblos de otros mayores.

De todos modos lo que sí que se puede observar claramente en las fuentes es la existencia de una sociedad en tránsito hacia un escalón superior de organización cultural y social. Los pueblos del centro de la Península se encontraban durante la conquista romana en un proceso muy definido de cambio y adaptación hacia modelos más complejos y que en buena lógica los hubiera equiparado a los pueblos de la periferia, de no haber sido por la conquista romana que vino a trastocar esta situación.

Un fenómeno sumamente ilustrador en este sentido, ampliamente tratado por los historiadores clásicos y los modernos es el del bandidaje y sus implicaciones socioeconómicas.

La sociedad meseteña prerromana estaba cambiando su tipo económico del pastoreo nómada o seminómada al establecimiento urbano con gran peso específico de la agricultura. Esto trajo como consecuencia un período de dislocaciones sociales y readaptaciones del terreno y su propiedad que está en el origen del bandidaje. En la sociedad prerromana hay una minoría de potentados poseedores de los resortes económicos y una mayoría de pobres, desheredados de la fortuna que tienen que dedicarse al pillaje y el robo para poder subsistir, sobre todo en épocas difíciles. El engranaje social lo favorecía al consagrar una figura, la del heredero, que por su existencia implica la desasistencia del resto de los hermanos. Además un previsible aumento demográfico consecuente a la estabilización de muchos de estos pueblos hace que escasee el bien fundamental que es la tierra.

Los desheredados se unen en ejércitos numerosos (a veces más de 10.000 personas) y se dedican al saqueo de las ricas tierras del llano. A veces este pillaje es institucional, como en el caso de las tribus del Norte y Oeste de España y los celtíberos que asolaban el Valle del Duero, Andalucía y el Levante y que tan bien nos refleja Estrabón.

El del bandolerismo entendido, pues, como una salida para los desposeídos, es un fenómeno característico de una sociedad en tránsito, de una sociedad que está cambiando su modo de vida y que refleja así esta crisis de crecimiento.

Para finalizar este primer apartado que venimos considerando, nos fijaremos ahora en un hecho muy significativo que nos habla de hasta qué punto se llegó a un estadio de unificación de los pueblos prerromanos de las dos Castillas. Nos referimos a la actuación militar mancomunada frente al invasor romano de estos pueblos, constatada varias veces a lo largo de la conquista.

Se ha venido insistiendo abundantemente en que la conquista romana de Hispania se pudo realizar gracias a la desunión de los pueblos peninsulares. De otro modo hubiera sido prácticamente imposible por su aislamiento físico. En Hispania, se dice, faltó un caudillo al estilo del galo Vercingetórix que aunara todos los intereses nacionales contra Roma. A pesar de esto la conquista de la Península fue muy difícil y se dilató muchísimo en el tiempo hasta las Guerras Cántabras. Si bien es cierto que faltó esa decidida unificación militar, no lo es totalmente que existieran conatos de vinculaciones interpopulares. Hechos de este tipo son realmente abundantes y, sobre todo en los pueblos del interior; donde se puede rastrear un sentimiento unitario frente al enemigo invasor. Así por ejemplo, y ya contra los cartagineses, se llegaron a aliar celtíberos y lusitanos, junto con vettones huidos para atacar a Aníbal a su paso por el Tajo de retirada hacia el sur. Estas coaliciones en torno generalmente a un jefe común tienen su mejor paradigma en Viriato, que agrupó a su alrededor un gran número de combatientes. En las guerras lusitanas aparecen nombrados a menudo los vacceos, que también se unen en otras ocasiones a los arévacos. Es decir hay repercusiones entre los pueblos del norte de las guerras que llevaban a cabo sus hermanos del sur. Y esta comunión de intereses sólo desapareció con la inteligente política pacificadora de Graco que otorgó tierras a los pueblos del sur, que desde entonces aparecen desgajados de los del norte en cuanto a intereses bélicos. Quizás el hecho de estar más aculturados y gozar de unas condiciones económicas mejores, ayudara a este desgajamiento del sur respecto a la zona en conjunto. Por lo demás estos fenómenos de respuesta unitaria a los romanos o al invasor en general no son exclusivos de la Meseta, sino que se dan allí donde las circunstancias son similares. Por ejemplo en el Valle del



Ebro; donde se dan unas bases culturales unitarias, como en la Meseta, ocurrió algo semejante con ocasión de las revueltas reprimidas por Léntulo y Acidinio en el 205 a. C., comandadas por Indíbil y Mandonio.

Incluso se da algún tipo de acción suprarregional como la revuelta del 197 a. C. que aunó a los pueblos del Valle del Ebro, algunos del sur y a los celtíberos y que fue reprimida por Porcio Catón.

En resumen, y esto es lo que más nos interesa, vemos que a la llegada de los romanos a la Meseta se da una situación de igualdad y homogeneidad bastante notables entre sus pueblos, quizás no tanto étnicamente como en lo referente a cultura y sobre todo a economía y sociedad. Esta es una sociedad en tránsito rápido que hubiera abocado a una mayor unificación todavía de no haber mediado la actuación romana.

La conquista no significa la ruptura de este proceso, sino su aceleración antinatural, como después veremos. El empuje romanizador de la Meseta es esencialmente de los primeros años del Imperio, tras una etapa republicana muy mal conocida; es ahora cuando se plantea una política colonizadora efectiva en esta zona.

Hasta Augusto, la Meseta será tierra no definitivamente pacificada y como tal pasará a ser de dominio imperial y no senatorial. Y será Augusto quien comience la ingente tarea que es la potenciación de la explotación económica multidireccional y una política urbanizadora excepcional. Si vimos antes cómo los hábitats prerromanos no se pueden considerar en puridad como tales ciudades; ahora vemos cómo comienzan a surgir los grandes centros urbanos de la Meseta, como Termancia, Clunia, Segóbriga, Ercávica, Valeria, etc. Unas veces aprovechando los poblados anteriores, como en el caso de Toledo y otras veces creando núcleos nuevos emparentados en mayor o menor grado con los oppida indígenas, pero con una configuración totalmente diferente. La Romanización en la Meseta significa esencialmente una sola cosa: la urbanización. La ciudad fue la mejor arma con que contaron los romanos a la hora de adscribir estas tierras a su órbita ideológica, económica, artística, cultural en definitiva.

Tras un brillante siglo I, plétórico de construcciones urbanas y de febril actividad romanizadora, se suceden ciento cincuenta años de relativa calma, casi una pausa en este proceso de romanización. Las excavaciones altoimperiales son todavía más escasas en nuestra zona que las tardías, motivo por el que el caudal de conocimientos es todavía menor; pero por lo hasta ahora visto, podemos hablar de un momento de calma para el periodo comprendido entre el siglo I y la mitad del siglo III.

Será hacia el 250 cuando se produzca la gran convulsión que preludiará el fin, todavía lejano. Esta gran crisis que sacude todo el Imperio y que obedece a múltiples razones y se manifiesta en diferentes aspectos: exterior,

económico, social, político y religioso; es también acusada por la nuestra y se materializa en una serie de destrucciones en hábitats rurales y urbanos que se explican habitualmente por el paso de la oleada francoalamana.

Dos de los aspectos más llamativos de esta crisis generalizada y que interesan sobremanera en nuestro estudio son, de una parte la decadencia de la vida urbana y de otra, el renacimiento del campo como protagonista principal.

Si ya antes dijimos que la Romanización significa para nuestra zona una cosa esencialmente: urbanización; es necesario recordar que las sociedades prerromanas evolucionaban desde tiempo atrás hacia la consecución de este estadio de desarrollo. La Romanización no fue sino un paso de gigante hacia adelante en este proceso; y sin querer decir que fue un paso en falso, sí queremos hacer notar que no estaba perfectamente sustentado por las realidades del momento. Así pues el nacimiento de las ciudades romanas del interior estuvo apoyado artificialmente por la propia romanidad y, cuando en un momento de crisis como es éste, falla el apoyo, la estructura amenaza seriamente con venirse abajo. Ciertamente los núcleos urbanos de las Castillas sobrevivieron a estos delicados momentos de crisis y, a pesar de las destrucciones generalizadas y constatadas en abundantísimos yacimientos, vuelven a una actividad normal; pero tan menguada y tan distinta de la anterior que cuesta creer que se trate del mismo concepto de ciudad; desde este mismo momento se abandonan la mayoría de los foros que se reutilizan en muchos casos con construcciones de vivienda privada, disminuye notablemente la calidad y posiblemente la cantidad de sus construcciones y vecindario y languidecen paulatinamente en tanto su peso como organizador de la política y la economía pasa al campo, a las grandes villae y fundi bajoimperiales. Este conocido fenómeno, si bien es general en todo el Imperio, es particularmente importante aquí. En otras zonas de Hispania, como el sur, las ciudades soportaron mejor el embate de los malos tiempos y mal que bien continuaron existiendo; algunas como Mérida, incluso con notable florecimiento. No es éste el caso de Castilla, donde apenas si se pueden ver núcleos urbanos muy deteriorados, nada atractivos para la población y que apenas si podrán revitalizar, ya demasiado tarde, las diócesis episcopales en época visigoda.

Ahora el centro de decisiones a nivel político y económico es el campo. La antigua aristocracia urbana desde tiempo atrás invirtió abundantemente en el campo y aquí fija su residencia huyendo de los cargos públicos, onerosos en la baja época y hereditarios; buscando el paraíso fiscal que es el campo, cerca de las fuentes de producción. Este es el panorama con que se inaugura el siglo IV en la Meseta. Un siglo brillante dentro de lo posible; en el que se reconstruyen o fundan nuevos establecimientos rurales que nada

tienen que ver con las granjas altoimperiales. Se trata ahora de grandes fundi, donde conviven numerosos colonos alrededor de la a menudo fastuosa villa del dominus o señor de la explotación. Estas villae tardías de las que dependían otras de menor importancia se repartían así el territorio de manera prefeudal y eran unidades de explotación sino autosuficientes, sí que tendían a serlo. No eran ya las explotaciones especializadas de Alto Imperio, orientadas a una o unas producciones concretas con destino al mercado, sino diversificadas en sus productos y que necesitaban de pocas importaciones que solían ser objetos suntuarios de los que el dominus se rodeaba en ostentación de su poder y riqueza.

La base económica de estas villae, que caracterizan de por sí la tardía romanidad de nuestra zona, es de nuevo la agricultura y la ganadería. La clase dominante, la aristocracia rural, es una clase culta, amante del arte y de los refinamientos como se puede observar en los mosaicos y esculturas que adornan sus palacios, los establecimientos termales que prácticamente no faltan en ninguno de ellos y la riqueza del material que nos han legado. Pero también dejan entrever los gustos netamente rurales de sus dueños: la caza, los caballos como distracción principal, son temas abundantemente repetidos en los ricos mosaicos contemporáneos.

Estos ricos hacendados, además, forman una aristocracia poderosísima a nivel imperial. No es gratuito el hecho de que uno de los grandes emperadores del momento sea Teodosio, un castellano de Coca, ni que el Papa Dámaso fuese también de por estas tierras; ellos son los representantes de esta oligarquía terrateniente con intereses y poderes muy concretos en la maquinaria estatal. Las causas económicas de este enriquecimiento no son muy claras, pero apuntan a la producción de bienes de consumo de primera necesidad en un momento en el que fallan los sistemas de transporte interiores por la inseguridad, al tiempo que aumenta la demanda de los mismos con destino a las numerosas y activas fronteras del imperio.

Esto tampoco nos debe llevar a considerar la Meseta como un oasis dentro de la decadencia generalizada. El siglo IV representa en términos absolutos una era de recuperación general del Imperio tras los trastornos precedentes y antes de la hecatombe final.

En lo que a la arqueología se refiere y en nuestra zona, desde hace tiempo se viene considerando un fenómeno especialísimo circunscrito al valle del Duero. Nos referimos a la denominada «subcultura del Duero» o de «Necrópolis del Duero». A raíz de una información que facilita la Notitia Dignitatum, se ha inferido la existencia de unos asentamientos de «laeti» o tropas de limitanei, de origen germano asentadas en esta parte de Castilla la Vieja y que defienden un limes interno, protegiendo el tránsito del metal de las minas del noroeste y los fundi aquí establecidos. Arqueológicamente esta

presencia se traduce en un material muy característico que aparece en necrópolis como San Miguel de Arroyo, Simancas, Fuentespreadas, Suellacabras, Taniñe, Las Merchanas, etc., ocupa parte de las provincias de Zamora, Valladolid, Salamanca, Soria, Burgos... y sus materiales más caracterizados son un tipo de armamento como el cuchillo de «tipo Simancas», los objetos de bronce, las hebillas y pasadores, etc... Estas Necrópolis del Duero no llegarían más hacia el sur de lo dicho anteriormente (excepto algún yacimiento de la provincia de Segovia). No querríamos extendernos mucho más en este sin duda apasionante fenómeno que por sí mismo exige mucho más que un modesto trabajo como éste.

La propia configuración arqueológica de esta subcultura deja muchas lagunas por explicar y el tiempo y los últimos hallazgos la están poniendo en tela de juicio. El material considerado como característico de estas necrópolis del Duero ha rebasado ampliamente su zona de aparición y hay numerosos ejemplos procedentes de la Meseta Sur. Así por ejemplo en cuanto al cuchillo tipo Simancas contamos con un ejemplar de Guadalajara (Aguilar de Anguita), una vaina bastante bien conservada procedente de Cuenca (Segóbriga), algún ejemplar más de la provincia de Madrid y un fragmento del extremo sur de la de Ciudad Real (La Bienvenida); en cuanto a bronce, atalajes, y otras manufacturas de esta hipotética subcultura, están más que representadas en los hallazgos de la provincia de Madrid (Valdetorres y Getafe), Cuenca (Segóbriga, Carrascosa de Haro, Huete, etc.), y Toledo. Hasta el punto de que hoy día es imposible mantener por más tiempo el esquema antes citado de Necrópolis del Duero y habría que llevar sus límites no sólo hasta el Valle del Tajo, sino mucho más al sur hasta la propia Sierra Morena. De todos los hallazgos relacionables del alguna manera con este fenómeno de subcultura del Duero, sólo uno procede de fuera de nuestro ámbito regional y fue hallado en Tirig (Castellón), aunque por su proximidad con la Meseta no cabe explicarlo sino como un hecho aislado sin más.

Si admitimos que hay que llevar hasta Sierra Morena esta hipotética subcultura, las dudas se hacen mayores: ¿Cabe considerar toda la Meseta como un limes?, un limes... ¿Contra quién? Un reciente artículo de J. Arce sobre el tema viene a despejar estas dudas respecto a lo que atañe a la Historia: en la interpretación de la *Notitia Dignitatum* hay un error derivado de considerar tropas de *limitanei* a las que simplemente tienen un rango de comitatenses, sin que tengan por ello carácter de fronterizas. No existe, pues, limes interno (que por otra parte sólo se conoce un ejemplo de este tipo: el de Isauria). Hay, eso sí, tropas acantonadas en Hispania en número incluso importante (Balil habla de doce mil, de las cuales un tercio estaba en la Meseta norte), pero cuya misión era únicamente mantener la red viaria,

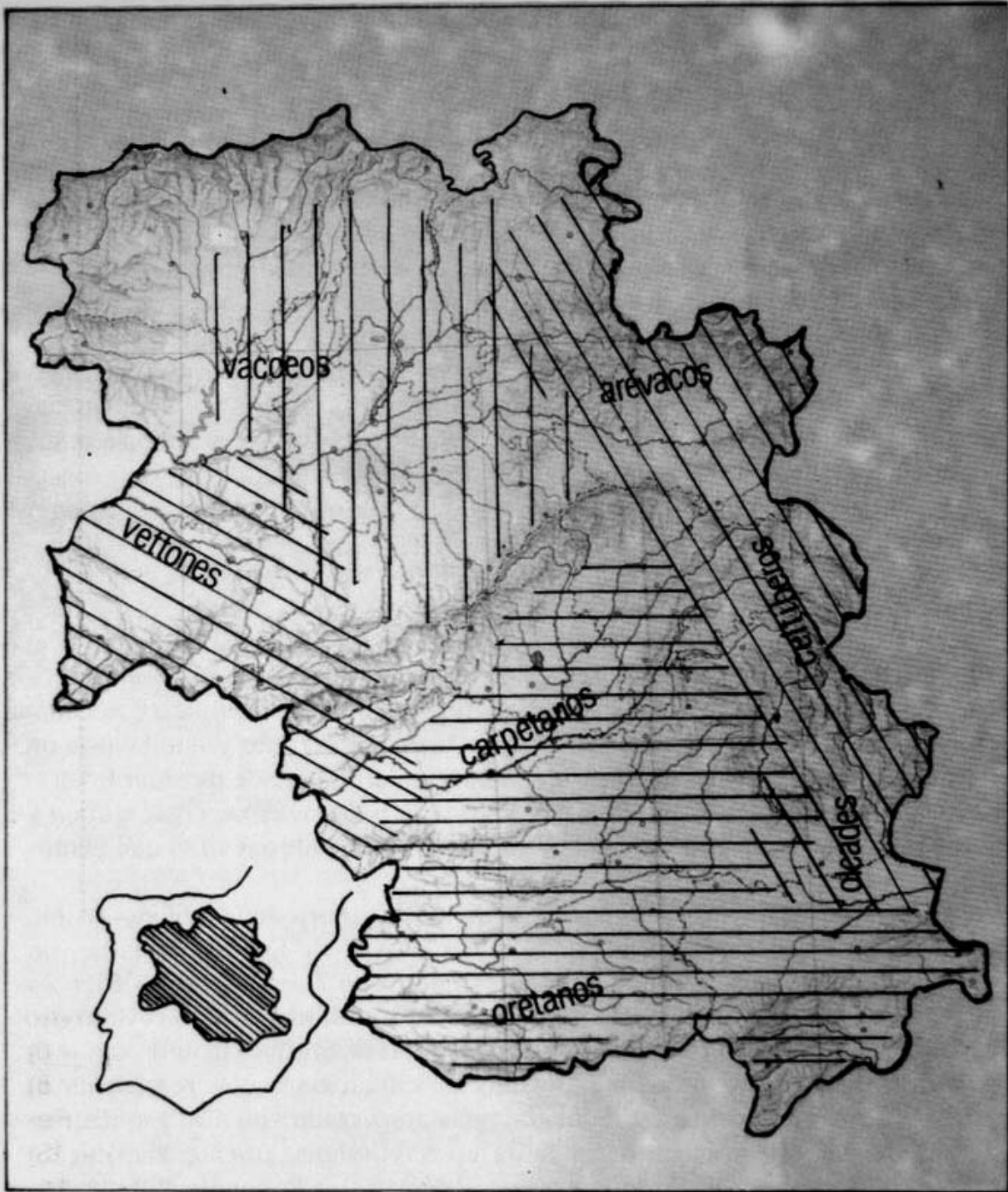
vigilar el transporte de la *annona imperial* y una misión de vigilancia del oro de las minas gallegas y asturianas en camino hacia Roma, donde tanta falta hacía para mantener las empresas militares de defensa de las fronteras. No existe, pues, *limes interno*, ni *limitanei*, ni materiales característicos de los *laeti*.

Hay que buscar en consecuencia una explicación a este material cada día más y mejor conocido y que se extiende por la zona centro sin recortes. A nuestro modo de ver, hay que considerarlo como característico de las peculiaridades de la meseta, ahora muy homogénea en lo que se refiere a sus manifestaciones culturales.

El cuchillo de tipo Simancas, un cuchillo que no un puñal, de carácter venatorio está vinculado a ese gusto por la caza que manifiestan los hispanorromanos del centro en época tardía. El Bajo Imperio se puede considerar como el resumen y conclusión de la romanización en la Meseta, el carácter romano y las pervivencias indígenas (como es la cerámica pintada, y el propio cuchillo —emparentado en origen con el armamento prerromano, en especial de tipo Miraveche y Montebernorio—) lo definen. Las peculiaridades de la Meseta como ámbito en cierto modo cerrado y que facilita un desarrollo de sus diversas áreas más que paralelo coincidente; han favorecido la existencia de una cultura que abarcaría todo su espacio geográfico y que se manifiesta arqueológicamente por todo este material en el que hemos fijado nuestra atención.

Cabría, pues, hablar en lo sucesivo de una «cultura de las villae», como la de Balazote, o la que corresponde al cementerio de Ontur, por poner un ejemplo; cuando nos refiramos al Bajo Imperio de nuestra región. Bien es cierto que villae mayores y más abundantes son comunes a todo el Imperio, pero en la Meseta son características y caracterizan unas manifestaciones culturales realmente autóctonas, sin las mixtificaciones que representa la primera romanización, más inducida, más importada, menos genuina en definitiva que este momento sin duda el más auténticamente hispano de todo el período que va desde la presencia romana en la península hasta los siglos V-VI que marca el final del momento que consideramos.

A. F. D.







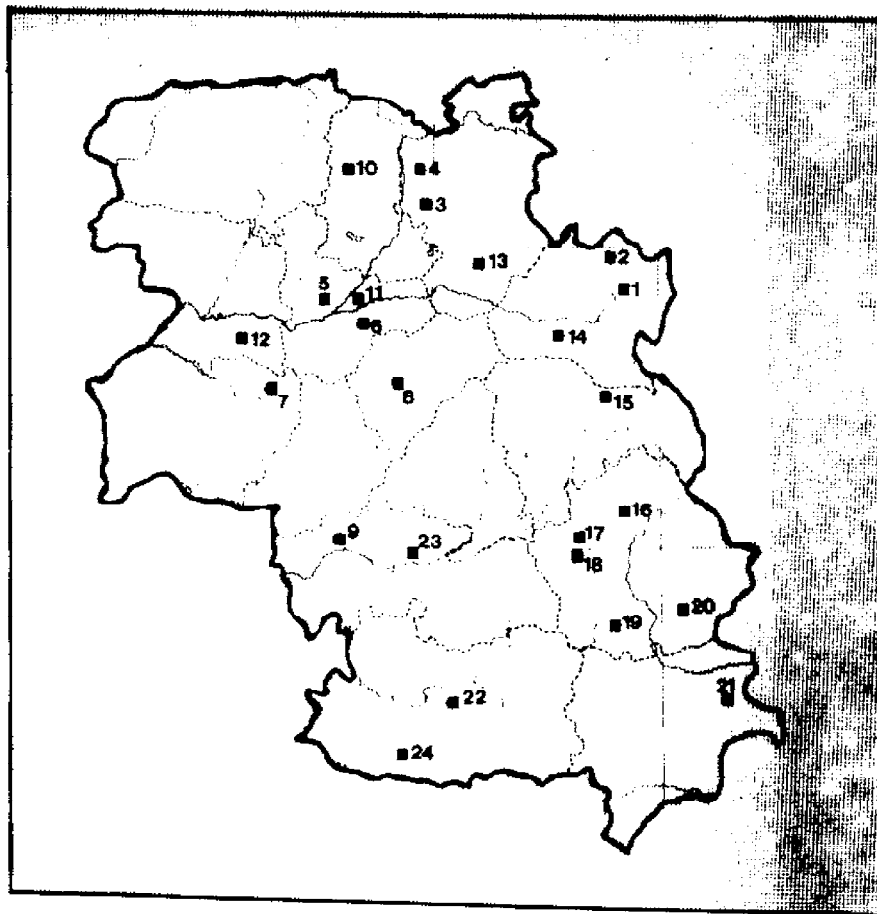
-  PUEBLOS DE LA MESETA NORTE
-  PUEBLOS DE LA MESETA SUR
-  PUEBLOS DEL REBORDE ORIENTAL
-  PUEBLOS DE LA ZONA OCCIDENTAL

Fig. 1: Situación etnográfica antes de los romanos.



- 1) Suellacabras (Soria) - 2) Taniñe (Soria) - 3) Hornillos del Camino (Burgos) - 4) Nuez de abajo (Burgos) - 5) Simancas (Valladolid) - 6) San Miguel de Arroyo (Valladolid) - 7) Merchanas (Salamanca) - 8) Roda de Eresma (Segovia) - 9) Talavera de la Reina (Toledo) - 10) Pedrosa (Palencia) - 11) Valladolid - 12) Fuentespreadas (Zamora) - 13) Yecla de Silos (Burgos) - 14) Tarancueña (Soria) - 15) Aguilar de Anguita (Guadalajara) - 16) Albalate de las Nogueras (Cuenca) - 17) Huete (Cuenca) - 18) Segóbriga (Cuenca) - 19) Carrascosa de Haro (Cuenca) - 20) Sisante (Cuenca) - 21) Montealegre del Castillo (Albacete) - 22) Porcuna (Ciudad Real) - 23) Carpio de Tajo (Toledo) - 24) La Bienvenida (Ciudad Real).

Fig. 2: Principales yacimientos de la hipotética subcultura del Duero y asimilables (Según CABALLERO ZOREDA) aumentados.

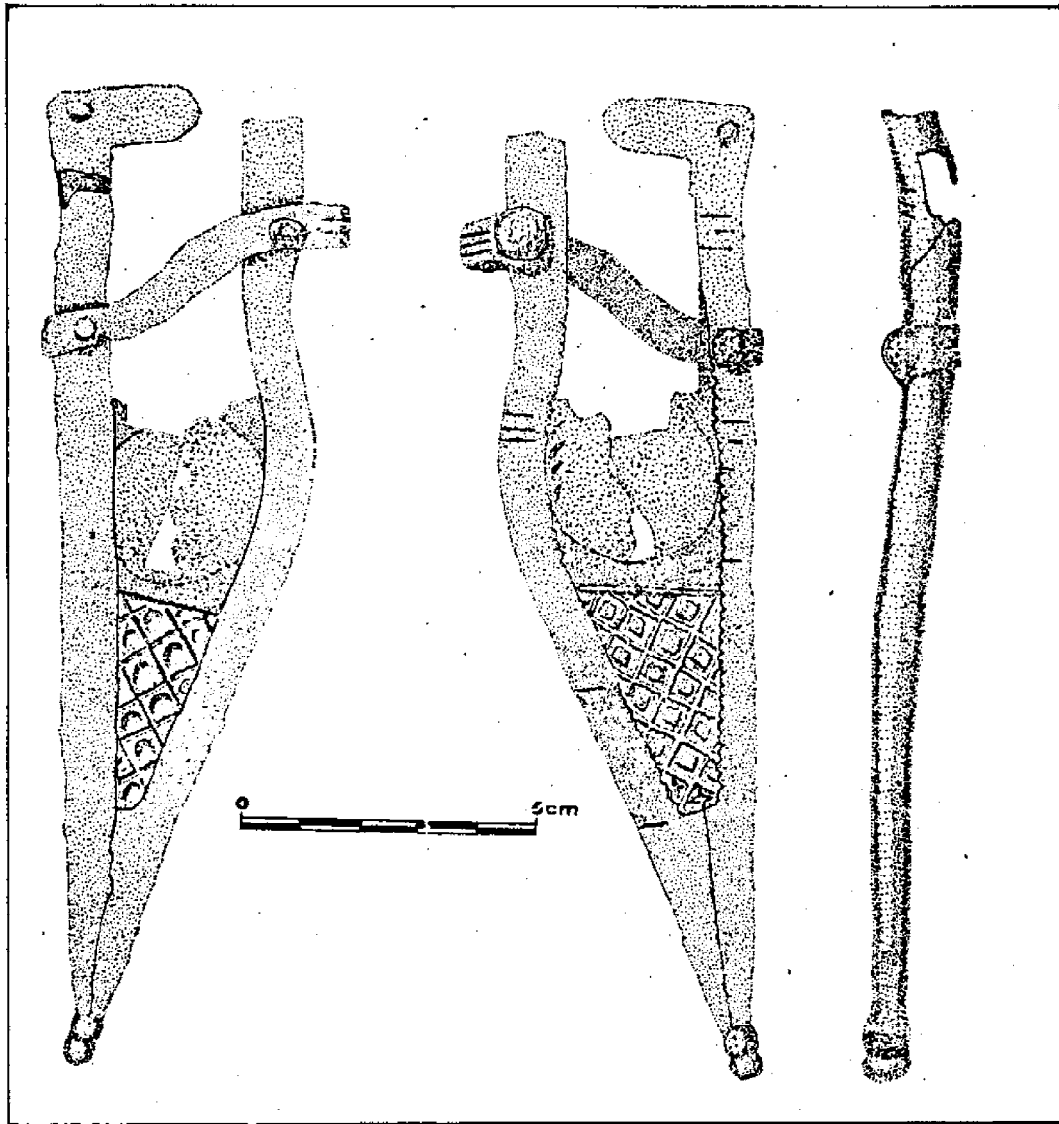


Fig. 3. La vaina tipo "Simancas" de Legóbriga.